

## Este boletín te indignará | Boletín 7 (2026)

Queridas amigas y amigos,

Saludos desde las oficinas del **Instituto Tricontinental de Investigación Social**.

*Para Nicolás Maduro y Cilia Flores*

Hace unos meses, viajé con un equipo de nuestro instituto a la región de Cauca, en Colombia, para reunirme con varias organizaciones afiliadas al Proceso de Unidad Popular del Suroccidente de Colombia (**PUPSOC**), una coalición de organizaciones que defienden la tierra y los derechos de las comunidades rurales. Cauca es el hogar de comunidades campesinas cocaleras, donde las familias no plantan coca por “elección”, sino porque el despojo y el abandono del Estado les han cerrado el acceso a medios de vida dignos. Su trabajo apenas las sostiene, y sin embargo sus cultivos son absorbidos por una cadena de valor global obscenamente lucrativa y llena de sufrimiento.

Junto con la Coordinadora Nacional de Cultivadores y Cultivadoras de Coca, Amapola y Marihuana (COCCAM), realizamos la investigación que se convirtió en el dossier nº 97, ***La guerra contra los pobres: drogas, campesinado y capitalismo*** (febrero de 2026). Las imágenes de este boletín son del dossier nº 97 e incluyen fotografías del PUPSOC con intervenciones del equipo de arte de Tricontinental.

Comencé a escribir este boletín en prosa, pero no lograba que las palabras salieran correctamente. Así que las convertí en un poema largo y sinuoso. Lo hice porque la rabia que siento hacia el sistema que produce esta cadena de valor del sufrimiento no puede explicarse fácilmente sin la emoción de la ira. Aquí va:



Fotografía (PUPSOC), Cajibío, Cauca: enfrentamiento durante erradicación forzosa de coca.

Llegaron,  
sí, llegaron  
una mañana el mar se abrió  
como una herida azul  
y salieron reptando barcos  
cargados de hambre.

Traían la civilización  
en sus bolsillos,  
envuelta como un puñal  
en seda.

Civilización, dijeron,  
como si nombraran una flor.

Pero era hambre.  
Era pólvora.

Eran contratos en papel  
que herían más profundo  
que dientes.

Sus barcos bebieron oro  
de las costillas del continente,  
y exhalaban cadenas  
sobre los cuerpos de los hombres.

La tierra,  
la antigua tierra,  
paciente como una madre,  
fue forzada a abrir sus venas  
para extraños.

Se llevaron la tierra.

Se llevaron el trabajo.

Se llevaron los bosques  
todavía húmedos con canto de pájaros.

Agotaron las montañas  
hasta que incluso las piedras  
se sintieron pobres.

¿Y qué dejaron?

Pobreza,  
como una vasija rota  
abandonada en el polvo  
para que niñas y niños la laman.





Fotografía (PUPSOC), Popayán, Cauca (2020): homenaje a las víctimas de la represión policial en el levantamiento de 1919.

Más tarde,  
los bandidos cambiaron de disfraz.

Se deshicieron  
de sus pieles metálicas,  
de sus espadas,  
de sus cruces de conquista.

Ahora vestían trajes  
del color de la ceniza.  
Sus bocas aprendieron

palabras nuevas:

*desarrollo,*  
*democracia,*  
*ley y orden*

perfume rociado  
sobre el mismo cadáver.

Y siempre  
declararon la guerra.

Guerra contra las drogas.  
Guerra contra el terror.  
Guerra contra los pobres.

Guerra, guerra, guerra  
como si la guerra fuera la única oración  
que su imperio conoce.





Fotografía (PUPSOC), Monterredondo, Cauca: campesinxs dan la bienvenida a excombatientes de las FARC tras el acuerdo de paz de 2016.

Nos dicen:

El narcotráfico es una infección,  
una oscuridad fuera del sistema,  
un inframundo criminal  
bajo la ciudad limpia.

Pero el capitalismo,  
ah, el capitalismo,  
siempre ha tenido cloacas  
bajo sus calles relucientes.

Sus bancos son catedrales

construidas sobre ríos sucios.

La mafia no está fuera.  
El narcotraficante no está fuera.  
El traficante de armas  
no está fuera.

Son arterias  
del mismo cuerpo.

El dinero sucio se eleva  
como humo de un horno,  
se lava,  
se plancha,  
y regresa  
como capital legítimo  
a sentarse educadamente  
a la mesa del poder.

Esto no es un accidente.  
Es el órgano oculto  
de la bestia.

Marx lo llamó  
acumulación originaria

pero nunca terminó.

Conquista colonial,  
cercamiento,  
el robo de la tierra,  
el comercio de seres humanos

el capital no nació limpio.

Nació  
con sangre en los labios.

Y cuando tiene hambre,  
cuando tiene sed,  
regresa de nuevo  
al bandidaje,

como un vampiro  
inclinándose sobre el cuello  
del mundo.





Fotografía (PUPSOC), octubre de 2020: participante en la Minga Social y Comunitaria por la Defensa de la Vida, el Territorio, la Democracia y la Paz.

Miren  
miren a lxs campesinxs  
en Colombia.

Los periódicos los llaman criminales.  
El Estado los llama enemigos.

Pero solo son  
seres humanos con tierra  
entre las uñas,  
padres y madres  
contando el hambre  
en los rostros de sus hijxs.

Los helicópteros llegan



como langostas de metal.  
El glifosato cae en lluvia  
como un clima envenenado.  
El ejército marcha  
a través de los cultivos  
como si marchara a través de carne.

Y el campesino cultiva coca  
no por codicia,  
sino porque el capitalismo  
cerró todas las demás puertas.  
La tierra concentrada  
en unas pocas manos.  
Los cultivos legales colapsando  
como pájaros cansados.

Sin caminos.  
Sin mercados.  
Sin escuelas.  
Sin hospitales.

Solo abandono.

Solo la coca  
como la última moneda verde  
de supervivencia.

En la puerta de la granja  
ganan casi nada  
solo un puñado de polvo.

Pero la hoja viaja.

A través de laboratorios clandestinos,  
a través de corredores de tráfico,  
a través de las venas  
del mercado mundial

y su valor se multiplica  
hasta convertirse  
en un milagro monstruoso:

de un dólar  
a decenas de miles.

Esto es el capitalismo:  
el valor extraído hacia arriba

como la médula del hueso.

La pobreza impuesta hacia abajo  
como la gravedad.

El campesino sigue siendo pobre.

El jefe del cartel vive violentamente.

Y los bancos  
los inmaculados bancos  
reciben el excedente  
como sacerdotes que reciben ofrendas.



Fotografía (PUPSOC), Santa Marta, Colombia: Campesino pescando en la costa atlántica.

De vez en cuando  
estalla un escándalo.

El HSBC lava  
mil millones de dólares.

La multa se paga  
como una moneda pequeña  
lanzada para silenciar.

Ningún ejecutivo va a la cárcel.  
Demasiado importante para encarcelar.  
Demasiado sagrado para tocar.

Porque el blanqueo  
no es incidental.

Es estructural.

La guerra no llega  
a la bóveda.  
Llega  
al campo.

La Guerra contra las Drogas  
no es una guerra contra las drogas.  
Es un arma imperial.  
Un manto moral  
para la agresión.

El Plan Colombia  
militarizó la tierra campesina.

Hoy la misma retórica  
apunta a Venezuela  
acusaciones de narcoterrorismo  
fabricadas como balas.

La evidencia es irrelevante.  
La narrativa lo es todo.  
El imperio siempre necesita  
una excusa sagrada  
para su violencia.

Y la selva se quema.

Se rocía venenos



por toda la Amazonía  
para destruir la coca,  
mientras la adicción del Norte  
al petróleo, al dinero, a la extracción  
no se nombra.

Gritan:  
“¡destruyan la planta que mata!”  
Pero es su guerra  
la que mata.

Esta guerra se libra  
contra la naturaleza  
tanto como contra las personas.



Fotografía (PUPSOC), Cuenca del río Cauca: proyecto de reforestación de los comités ambientales locales.

¿Dónde comienza la paz?  
No con la erradicación.  
No con la militarización.  
No con las prisiones.

La paz comienza  
con la dignidad:  
reforma agraria,  
cultivos garantizados,  
carreteras,  
escuelas,  
hospitales,  
derechos.

La reconstrucción  
de la vida rural.  
Porque el problema  
no es la hoja de coca.

El problema  
es el sistema.  
La guerra contra las drogas  
no es una guerra contra las drogas.  
Es una guerra  
contra los pobres.  
Y para ponerle fin  
no se requiere una reforma,  
sino una ruptura  
otro mundo  
que se levante al amanecer  
sobre el mar manchado de sangre.

Cordialmente,

Vijay